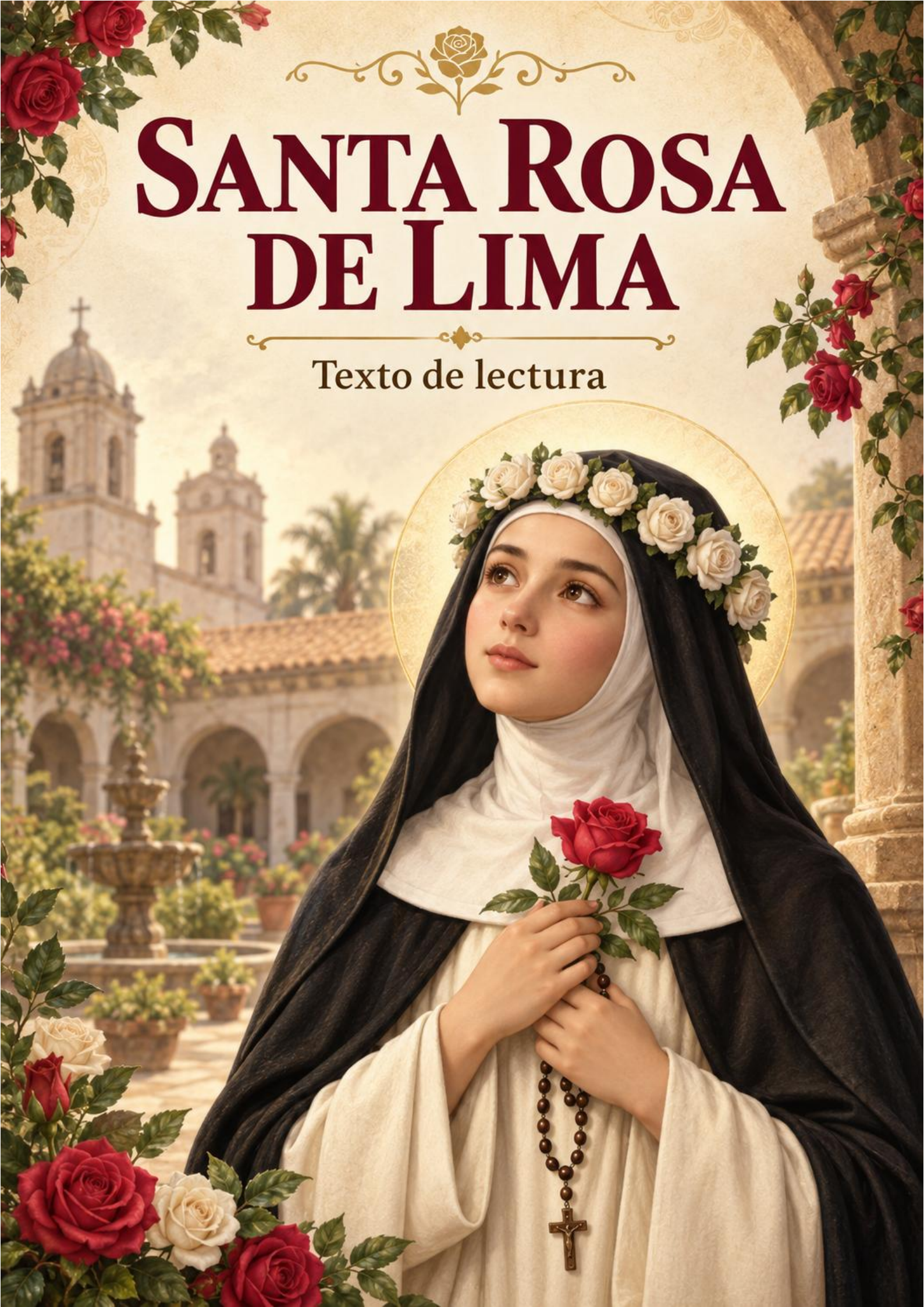




# SANTA ROSA DE LIMA

Texto de lectura



# Santa Rosa de Lima

En la Lima de hace más de cuatrocientos años, cuando las calles eran recorridas por carruajes, los templos anunciaban las horas con sus campanas y no existían los teléfonos ni las fotografías, vivió una joven que llegó a convertirse en uno de los personajes más queridos del Perú. Su nombre fue Isabel Flores de Oliva, aunque la mayoría de las personas la recuerda como Santa Rosa de Lima. Su vida estuvo marcada por la oración, el trabajo, la ayuda a los enfermos y una profunda preocupación por quienes sufrían.

Isabel nació en Lima el 20 de abril de 1586, apenas cincuenta y un años después de la fundación española de la Ciudad de los Reyes. Sus padres fueron Gaspar Flores, de origen español, y María de Oliva, una mujer limeña. La familia no vivía rodeada de grandes riquezas y, como ocurría con muchas familias de aquella época, todos debían colaborar para salir adelante. Desde pequeña, Isabel aprendió a realizar diferentes labores, entre ellas coser, bordar y cuidar las plantas del jardín. Estas habilidades serían muy importantes durante su juventud, porque mediante su trabajo ayudaba a su familia y obtenía recursos para atender a personas necesitadas.

Su nombre de nacimiento no fue Rosa. La tradición cuenta que, debido a la belleza de su rostro, algunas personas comenzaron a compararla con una flor. Por eso empezaron a llamarla Rosa. Más adelante, durante su confirmación en el pueblo de Quives, el arzobispo Toribio de Mogrovejo la llamó Rosa, nombre con el que quedó identificada para siempre. Con el tiempo también fue conocida como Rosa de Santa María. Aunque hoy este nombre parece muy común, en realidad se trataba de una joven que decidió construir su propia identidad y dedicar su vida a una misión espiritual y social.

En la sociedad virreinal, muchas mujeres eran educadas para casarse y formar una familia. Rosa, sin embargo, sentía que su camino era diferente. Su belleza hizo que varios jóvenes se interesaran en ella, pero no deseaba que su apariencia fuera el motivo principal por el que la valoraran. Por esa razón, eligió una vida

sencilla y apartada de las comodidades. Esta decisión no fue fácil, porque sus padres esperaban que contrajera matrimonio. Después de algunas discusiones y preocupaciones familiares, finalmente pudo continuar con el camino que había elegido.

A los veinte años ingresó a la Tercera Orden de Santo Domingo y se convirtió en terciaria dominicana. Esto significa que no fue una monja de clausura que vivía permanentemente dentro de un convento, sino una mujer que permaneció en su hogar y siguió la espiritualidad dominicana mediante la oración, el trabajo y el servicio a los demás. En el jardín de su casa construyó una pequeña habitación, conocida como ermita, donde podía retirarse para orar y meditar. El espacio era muy pequeño y sencillo, pero para Rosa representaba un lugar especial de encuentro con Dios.

Los relatos sobre su vida mencionan que practicaba penitencias muy rigurosas, algunas de ellas dolorosas, porque esa era una forma de expresar su fe durante aquella época. Actualmente, esas prácticas deben entenderse dentro del contexto religioso y cultural del siglo XVI, y no deben ser imitadas. Lo más importante de su ejemplo no se encuentra en el sufrimiento físico, sino en la manera en que convirtió sus creencias en acciones concretas de ayuda y solidaridad.

Rosa no se limitó a rezar. En su propia casa comenzó a atender a personas enfermas, pobres, niños y ancianos que necesitaban cuidado. En aquellos años no todas las personas podían acudir a un médico o comprar medicinas, por lo que la ayuda que ella ofrecía era muy valiosa. Su hogar se convirtió en un espacio de acogida para quienes no tenían recursos. Ella brindaba alimentos, compañía y atención, utilizando lo poco que tenía. De esta manera demostraba que servir a los demás no siempre depende de tener mucho dinero, sino de estar dispuesto a compartir el tiempo, los conocimientos y el cariño.

Durante su vida también se difundieron varios relatos de hechos extraordinarios. Uno de los más conocidos se relaciona con el ataque de barcos neerlandeses al puerto del Callao en 1615. Según la tradición, cuando la noticia llegó a Lima, Rosa acudió a la iglesia de Santo Domingo para orar por la protección de la ciudad. Se

cuenta que permaneció junto al Santísimo Sacramento y que estuvo dispuesta a defender el templo con su propia vida. Finalmente, los barcos se retiraron sin atacar la ciudad, y muchas personas atribuyeron este hecho a la intercesión de Rosa. Por esa razón, en algunas imágenes aparece junto a un ancla, símbolo relacionado con el Callao y la protección de Lima.

Estos relatos forman parte de la tradición religiosa y de la devoción popular. Al estudiar la historia de Santa Rosa conviene distinguir entre los datos documentados y las historias transmitidas por la fe de los creyentes. Ambas formas de recordar su vida permiten comprender la enorme admiración que despertó en la población limeña. También existe una tradición que afirma que, durante el proceso de su canonización, cayeron pétalos de rosas sobre el escritorio del papa Clemente X. Aunque este hecho pertenece a la tradición y no a un documento histórico comprobable, resulta interesante porque muestra la fuerza que tuvo su fama de santidad.

Santa Rosa enfermó gravemente durante los últimos meses de su vida. Falleció en Lima el 24 de agosto de 1617, cuando tenía apenas 31 años. Murió en la casa de Gonzalo de la Maza, una familia que la había acogido. Su fallecimiento causó una gran conmoción en la ciudad. Numerosas personas acudieron a despedirla y participaron en sus funerales, entre ellas autoridades, religiosos y vecinos de diferentes sectores de Lima. Poco tiempo después de su muerte, muchas personas comenzaron a llamarla santa.

En 1668 fue beatificada y, el 12 de abril de 1671, el papa Clemente X la canonizó oficialmente. De esta manera, Santa Rosa de Lima se convirtió en la primera persona nacida en América en ser reconocida como santa por la Iglesia católica. También fue declarada patrona de Lima, del Perú, de América y de Filipinas. En nuestro país, su festividad se celebra tradicionalmente el 30 de agosto, fecha en la que miles de personas visitan los lugares relacionados con su vida.

Uno de esos lugares es el Santuario de Santa Rosa de Lima, construido en el espacio donde se encontraba la casa de su familia. Allí se conservan recuerdos de su vida, su ermita y el famoso pozo de los deseos. Cada año, muchos devotos

depositan cartas y peticiones en ese lugar como muestra de confianza y cariño. Sus restos reposan en la Basílica y Convento de Santo Domingo, junto a otros personajes importantes de la historia religiosa del Perú.

Como en su época no existían fotografías, uno de los primeros retratos de Santa Rosa fue realizado después de su muerte por el pintor Angelino Medoro. Esa imagen ayudó a formar la apariencia con la que actualmente se la representa: una joven con el hábito dominicano, una corona de rosas y el Niño Jesús. Las rosas recuerdan el nombre con el que fue conocida, mientras que el ancla aparece en algunas imágenes por la tradición relacionada con la defensa de Lima.

Santa Rosa de Lima vivió solamente 31 años, pero su recuerdo permanece después de más de cuatro siglos. Su historia nos habla de una joven que trabajó, enfrentó dificultades familiares, atendió a los enfermos y decidió compartir su vida con quienes más necesitaban ayuda. Por eso, más allá de las tradiciones y de los relatos extraordinarios, su ejemplo continúa siendo valioso. Santa Rosa nos invita a comprender que una persona puede dejar una huella profunda cuando actúa con amor, responsabilidad, humildad y solidaridad.

*Fuente consultada: Sánchez-Concha Barrios, R. (2018). Rosa de Lima. Primera santa de América. Munilibro 11. Municipalidad Metropolitana de Lima.*